



CAPITULO II

CUADROS DESCRIPTIVOS

I

HUAZCAZALOYA.

EL Ingeniero Don José Salazar Ilarregui, mi profesor en el curso de topografía y geodesia en la Escuela de Minas, me facilitó el ingreso en la Comisión Científica de Pachuca, á fin de que efectuase mi práctica para adquirir el título de Ingeniero. En atención á los conocimientos que había yo revelado en la construcción y dibujo de cartas geográficas, se me concedió el sueldo de cien pesos mensuales, igual al que disfrutaban los demás miembros de la Comisión. En Septiembre de 1864 llegué al Real del Monte, lugar de residencia de la Comisión, y me presenté al jefe de ella Don Ramón Almaraz. Todos los miembros que la constituían no me manifestaron, desde luego, grande aprecio, pero pronto supe convertir en cariño su mala prevención, manifiesta insinuando al jefe que me pusiera á prueba señalándome, para su levantamiento, la barranca de

Huazca, la cual, por su extremada fragosidad, era la más inaccesible. Dióseme una buena brújula y una cadena métrica, y se me señaló el punto de partida y de referencia en una hondonada tan erizada de eminencias en su alrededor, que me hizo presentir la profunda y escarpada barranca en que pronto había aquélla de convertirse. Inexperto como me hallaba entonces, respecto de las operaciones directas topográficas, me ví algo contrariado, pero el amor propio ofendido por la conducta de mis compañeros, selló mis labios y nada quise preguntar, resolviéndome á poner en práctica, por mí solo, los conocimientos teóricos que había adquirido en el colegio. Al principio caminé con las dificultades consiguientes á mi inexperiencia, pero muy pronto me adiestré lo bastante para proseguir mis operaciones, venciendo los obstáculos que á cada paso me oponía la fragosidad de la barranca.

Era ésta una de las más agrestes que he conocido: sus pendientes abruptas se unían por su pie formando el sinuoso álveo del río, sin vegas ni riberas, sino tan sólo con ásperos y peñascos ribazos que encauzaban las aguas torrenciales que se estrellaban en las rocas diseminadas en su álveo. La vegetación en ambas pendientes era rica en extremo y digna de la atención del naturalista: árboles corpulentos, frondosas plantas y espesos matorrales se confundían formando bosques sombríos, manteniendo una humedad constante que protegía el nacimiento del verde musgo y de los más preciosos helechos, en el suelo, en las rocas y en las cortezas de los árboles. Entre éstos, se desarrollaban con profusión diversas clases de encino, como el *Quercus laurinea*, *Q. lanceolata*, *Q. americanus*, *Q. espicata*, y el *Q. repanda* ó encino chaparrón, entre las coníferas, el ocote ó *pinus comunis*, el resinoso ó *p. abies* y el oyamel ó *p. religiosa*, y como hermosos ejemplares de las cupulíferas los ailes ó *curilus americanus* y de otras plantas el *sapindo amole* ó *chicalote* y la *argemona mexicana*.

Tal era la barranca en que ejecutaba mis primeros trabajos topográficos, y en la cual sólo en sus cimas encontraba, de vez en cuando, un leñador, y en su interior algún venado que asustado por mi presencia salvaba, á salto de mata, un precipicio para desaparecer luego con la velocidad del rayo en la espesura del bosque.

Como la inclinación de las pendientes de la barranca era tan fuerte y tan grandes y frecuentes los despeñaderos, no me era posible en muchos lugares tender horizontalmente la cadena, en toda su extensión, y me propuse proceder parcialmente por tramos menores, acortando aquélla, pero aun así, en algunos sitios no hallaba colocación segura el peón que me servía, y en una de tantas estaciones perdió éste el equilibrio y cayó sobre unos matorrales, los que, afortunadamente, le impidieron rodar hasta el fondo del abismo. A esta circunstancia debí el que se me diese un telémetro ó anteojo de Rochon que con tanta insistencia había ya solicitado.

Procuraba desempeñar con limpieza los trabajos que se me encomendaban, lo que me valió algunas muestras de consideración del

mismo Almaraz, quien desde entonces puso bajo mi dirección al practicante Mariano Reyes, joven de talento, alegre y jovial que había hecho sus estudios en la Escuelas de Minas y acababa de ingresar en la Comisión. No le agradaba mucho al expresado joven el camino de la montaña y me seguía á paso tardo y torpe, resbalando por aquí y cayendo por allí, y cuando lograba hallar algún sendero practicable, apresuraba su marcha y se ponía á cantar alguna romanza, como la del *Baile de Máscaras*, ó bien algunas de las muchas canciones picarescas que sabía y expresaba con suma gracia.

Al cabo de algunos días, el último tomo de la barranca me dió inopinadamente salida á la llanura de Huazcazaloya. Grande fué mi alegría al dejar atrás las escarpadas eminencias de Cerro Gordo y Cerro del Gallo, y ver ante mí extenderse hermosas campiñas cultivadas. Pronto me hallé en aquella población que se asienta en una rinconada de la llanura, á 2,048 metros sobre el nivel del mar. Había recorrido hasta ella 3 leguas y descendido 724 metros desde el punto de partida, 2,772 metros de altura en las eminencias de las "Navajas."

Ya en la llanura, víme cierta mañana sorprendido por una pequeña partida de *plateados*, cuadrillas de bandoleros de que ya he tratado en el artículo: "Estado del país en 1866," individuos que infestaban y asolaban el país. El jefe, vestido de cuero con relucientes botanaduras y ancho sombrero galoneado, se apeó del caballo y se llegó á mí, saludándome con la mayor afabilidad.

—Caballero, me dijo, me permite usted que le ayudé en sus operaciones, pues me juzgo capaz de sustituir á su peón.

—No quisiera que usted se molestase, le contesté lleno de asombro, pero haga usted lo que le plazca.

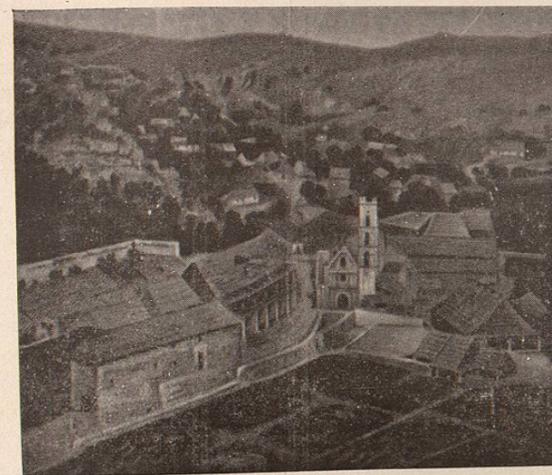
Entonces apartó al peón de su puesto y tomó en una mano el extremo de la cadena y en la otra las fichas y yo proseguí el alineamiento que llevaba, haciendo á aquél, puesto ya en cuclillas y dándole el frente, señas á derecha é izquierda para que se colocase en el punto conveniente y clavase en él una ficha. Así procedimos por espacio de un cuarto de legua, al término del cual, dió por satisfecho

su deseo y se retiró, no sin darme antes las gracias por mi condescendencia y de dirigirme el más afectuoso saludo.

Sorprendido de la ocurrencia, la referí en Huazca á mis buenos amigos Faustino y Guillermo Borbolla, los que me dieron la explicación siguiente:

El individuo de quien usted nos habla es el bandido Fulano (el nombre no lo recuerdo), autor de muchos robos, y tan audaz que vende á plazos, en lejanas poblaciones, los efectos robados, conduciéndolos amparados por documentos aduanales; mas usted, que le está muy recomendado, nada tiene que temer de él. Usted sabe que en estas poblaciones,

Navajas, al pie de las eminencias de los *Peñados*, punto desde el cual se observan hacia el Norte y en el descenso de la cordillera, las hermosas y caprichosas cumbres *Peña del Aguila*, el *Horcón* y el *Jacal*, que se halla coronada por un grupo de columnas basálticas, sobre las cuales reposan rocas hacinadas que semejan techos de dos aguas y dan al conjunto la apariencia de una choza. Al Norte de esta eminencia y al Occidente de la barranca, se observa una hondonada circuida, al frente, por una hilera de columnas basálticas, no prismáticas, sino cilíndricas y de mayor diámetro en el centro, á semejanza de los instrumentos de piedra con que se muele el maíz, razón por



SANTA MARIA REGLA. HACIENDA DE BENEFICIO.

los comerciantes estamos obligados á transigir con los bandidos y á aparentarles amistad, conducta que muchas veces nos aprovecha, como en el caso presente.

Un año más tarde supe que mi ayudante de aquella mañana, había sido fusilado en Tlaxcala, en castigo de sus delitos.

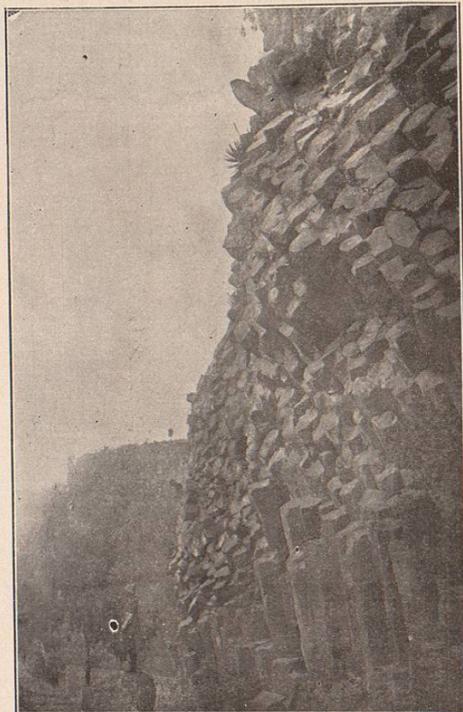
En Octubre, la Comisión abandonó el Real del Monte, donde las persistentes lluvias y las frecuentes neblinas habíanle impedido violentar sus trabajos topográficos y se trasladó á Huazcazaloya. Yo continué en los detalles, ocupándome en seguida en el levantamiento del hermoso río de Izatla. La barranca recorrida por éste, es más abierta y menos fragosa que la de Huazca: nace en las alturas de las

la cual se ha dado á dicho lugar el nombre de *Los Mellapiles*. La montaña de las Navajas es el punto más elevado de la Sierra y su cima alcanza la altura de 3,213 metros sobre el nivel del mar.

La montaña de las Navajas ofrece por todas partes grandes grupos de rocas basálticas y criaderos, de obsidiana, trabajados por los antiguos mexicanos. De sus vertientes descienden las aguas que van á formar el hermoso río de Izatla, que corre por una cañada la cual se ensancha sucesivamente y ofrece en los declives de las montañas que la limitan, grandes masas monolíticas de arenisca que trabajadas por las aguas de las lluvias, aparecen á lo lejos como grandes estatuas y monumentos

revestidos de musgo, líquen y licopodio y, erigidos entre arboledas, bordan las riberas del río. Mezclados con los cantos rodados se ven en su lecho y brillando á la luz del sol, los trozos de obsidianas que han sido arrastrados por las aguas de las alturas de las Navajas.

En la barranca de Tepezala, afluente de la de Izatla, existe el criadero de finos y hermosos ópalos, descubierto hace años por los antiguos alumnos del Colegio de Minería, Don Juan Hill y Don Juan Orozco. En algunas de



GRUPO DE BASALTOS.

las barrancas que se unen á la mencionada, se encuentran grandes y hermosos troncos de madera petrificada, que por sus caracteres puede distinguirse la clase de árboles á que pertenecieron.

La corriente sigue su tortuoso giro para incorporarse á la de Huazca en la antigua hacienda de San Antonio y continúa hacia el Norte, encajonada en estrecho álveo de formación basáltica, abierto en la llanura y al llegar á la Cañada de Regla se precipita en la hondonada en medio de un anchuroso hemi-

ciclo de más de cien metros de cuerda, formado por una columnata de basaltos que alcanzan la altura de 25 á 30 metros. Las columnas de sección cuadrangular generalmente, descansan en capas de arenisca y masas amorfas de basalto escorioso, y en otros lugares de la cañada los trozos de columnas basálticas se ven agrupados en posición más ó menos oblicua.

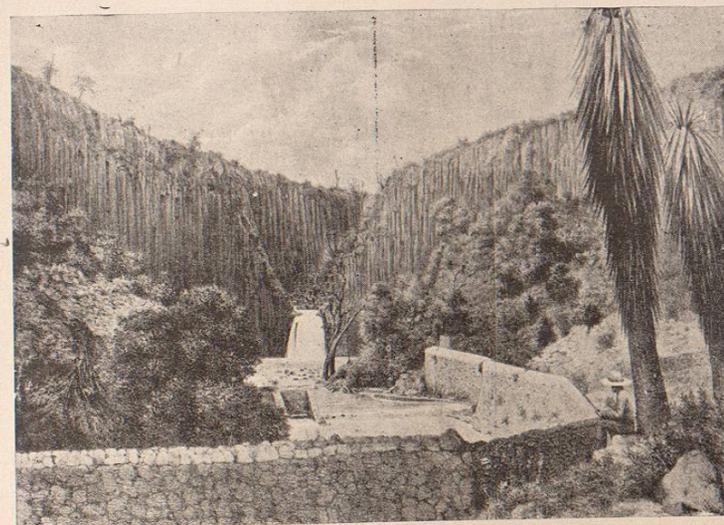
Sólo el recuerdo de tan interesantes sitios cuyos detalles conservo vivos en la memoria ha bastádome para dedicarle las siguientes líneas.

RIO DE IZATLA Y CASCADA DE REGLA.

Torrente que el ser te dieron
Lejanos y agrestes montes,
Que naciste entre breñales
Para morir entre flores,
De claras fuentes procede
El líquido que recoges,
Línea de cristal fundido,
Espejo diáfano, donde
Se refleja el puro cielo,
De la aurora los albores,
Los vespertinos celajes
Que tiñen los horizontes,
Y los rayos apacibles
De la reina de la noche.
¡Bello río! limitado
Por altos pinos y robles,
Dominado por montañas
De caprichosos crestones,
Enhiestos como el Zumate,
El Jacal y el Ahuizote,
Desde un lugar prominente
De tus escarpados bordes,
Con admiración se observa
Cómo en tu seno se acogen
Las cuarcíferas arenas
Acarreadas de los montes;
Como el agua, ante el escollo
Que á la corriente se opone,
Se arrastra, se remolina,
Y en diferentes fracciones,
Por grietas del peñascal,
Al fin el escollo rompe;
O salta en gotas deshecha
Sobre riscos y terrones,

Y en las nítidas espumas
Producidas por el choque
Cada gota es un diamante
De vivísimos fulgores.
¡Bello río! dominado
Por altos pinos y robles,
¿Qué nos dice tu murmullo
Que á grandes distancias se oye
Conducido por el viento?
Y ¿qué tus ondulaciones,
Generadas por las brisas,
Deshechas por aquilones?
Nos dicen que tus raudales
Y tus continuas labores
Presentan un vivo ejemplo

Son escasos los rosales
Que difunden sus olores,
Mas en cambio la hondonada
Se abre en anfiteatro enorme
Con un sello de grandeza
Cuya majestad impone.
Monolíticas columnas
De estéticas proporciones
Se alzan en cerco y tan alto,
Que parecen los soportes
De ese fanal azulado
Que forjan las ilusiones;
Verdaderos contrafuertes
Que á los empujes se oponen
De terrenos y llanuras



CASCADA DE REGLA.

De la vida de los hombres;
Que todos vamos á un fin,
Que cual tú las horas corren
Y á las pasadas, suceden
Las nuevas generaciones.
Al terminar la cañada
Que bullicioso recorres,
Impetuoso te despeñas
Entre basálticas moles,
Cayendo en lecho de espuma
Y envolviéndote en vapores,
En los que radiante el sol
Del iris el sello pone.
En la cuenca que derrumbas
Con fuerza tus aluviones,

De altitudes superiores.
En medio de los basaltos
El agua el terreno rompe
Y al estruendo del torrente
Otros sonidos responden,
Sonidos que origen tienen
En la campiña y el monte.
Tales son los que producen
De almadanetas los golpes,
Que en el ingenio vecino
Piedras minerales rompen;
El balido de la oveja,
El estrépito del roble
Abatido por las hachas
De robustos leñadores;